

El día empezó prometedor. Se había levantado temprano, antes que el resto de la familia, y logró salir a hurtadillas después de haberse vestido tan en silencio como pudo. Consiguió también llevarse el yelmo de caballero y la espada de madera, que ahora blandía alegremente mientras recorría a la carrera los cien metros que separaban la casa de la entrada del barranco llamado Kungsklyftan. Se detuvo un instante y miró con veneración la empinada grieta que se abría en medio de la montaña. Había dos metros entre las pétreas paredes que se erguían una decena de metros hasta el cielo, donde el sol estival empezaba a elevarse en ese momento. Tres grandes bloques de piedra habían quedado colgando para siempre en el centro del barranco y ofrecían un espectáculo imponente. Era un lugar que ejercía una fuerza de atracción mágica sobre un niño de seis años, y el hecho de que Kungsklyftan fuese territorio prohibido no le restaba atractivo precisamente.

Debía su nombre al rey Oscar II, que visitó Fjällbacka a finales del siglo XIX, pero él desconocía ese detalle o bien no le interesaba, mientras se adentraba despacio por entre las sombras, con su espada de madera presta para el ataque. En cambio, sí sabía, porque su padre se lo había contado, que las escenas de la película de Ronja, la hija del bandolero, que transcurren en la Boca del Infierno, se habían rodado en el barranco de Kungsklyftan y después, cuando vio la película, sintió un cosquilleo muy especial en el estómago al ver a Mattis, el rey de los bandidos, cabalgar por entre las rocas. A veces él mismo jugaba allí a ser bandido, pero aquel día quería ser caballero de la mesa redonda, como en ese

libro tan grande y tan bonito que su abuela le había regalado para su cumpleaños.

Fue arrastrándose por las grandes protuberancias de piedra que cubrían el suelo y se preparó para, con su valor y su espada, abalanzarse sobre el gran dragón que lanzaría llamaradas por la boca. El sol no alcanzaba hasta el fondo del barranco, lo que lo convertía en un lugar frío y oscuro, perfecto para dragones. No tardaría en hacer que le corriese la sangre por la garganta y, tras una prolongada lucha, la bestia caería muerta a sus pies.

Algo que detectó por el rabillo del ojo captó su atención. Un retazo de tela roja se divisaba detrás de una gran roca, y la curiosidad pudo con él. El dragón podía esperar. Tal vez se escondiese allí un tesoro. Tomó impulso y saltó sobre una piedra para mirar al otro lado. Estuvo a punto de caer de espaldas, pero logró recobrar el equilibrio tras describir varios molinetes con brazos y espada, y después de unos segundos de vacilación. Más tarde no se avendría a admitir que había sentido miedo, pero entonces, en aquel preciso momento, supo que no había experimentado un temor mayor en sus seis años de vida. En efecto, allí yacía una señora que parecía haber estado acechándolo. Estaba tumbada boca arriba y lo miraba fija y directamente a los ojos. En un primer momento, su instinto le dijo que echase a correr antes de que ella lo capturase y averiguara que había ido a jugar allí sin permiso. Seguramente, lo obligaría a que le dijese dónde vivía y lo llevaría a casa. Sus padres se enfadarían muchísimo y le preguntarían que cuántas veces le habían dicho que no podía ir a Kungsklyftan sin la compañía de un adulto.

Pero lo raro era que la señora no se movía. Además, no llevaba nada de ropa, así que se sintió un tanto avergonzado de verse allí de pie mirando a una mujer desnuda. Lo que él había confundido con un retazo rojo de tela no era tal, sino un bolso que estaba junto al cuerpo de la mujer, pero no vio su ropa por ninguna parte. Qué raro, tumbarse allí desnuda con el frío que hacía.

Después se le ocurrió una idea imposible: ¡la señora estaba muerta! No se le ocurría ninguna otra explicación de por qué yacía allí tan quieta. Aquella idea lo hizo bajar de un salto de la

roca y retroceder despacio hacia la boca del barranco. Cuando se encontró a un par de metros de la señora muerta, se dio la vuelta y echó a correr tan rápido como pudo. Ya no le importaba si le regañaban.

El sudor le pegaba las sábanas al cuerpo. Erica no paraba de dar vueltas en la cama, pero le resultaba imposible encontrar una postura cómoda. La claridad de la noche estival tampoco le facilitaba la tarea de conciliar el sueño y, por enésima vez, anotó que debía comprar cortinas oscuras para colgarlas en las ventanas o, más bien, conseguir que lo hiciese Patrik.

Su plácido ronroneo la sacaba de quicio. ¿Cómo tenía estómago para dedicarse a medio roncar a su lado mientras ella permanecía despierta noche tras noche? El bebé era de los dos. ¿No debería solidarizarse con ella y quedarse despierto él también o hacer algo? Le tironeó un poco del brazo con la esperanza de que despertase. Ni se inmutó. Volvió a zarandearlo con algo más de contundencia. Él dejó oír un gruñido, se cubrió bien con el edredón y le dio la espalda.

Con un suspiro, Erica se tumbó boca arriba con los brazos cruzados y mirando al techo. Su vientre se abombaba como un enorme globo terráqueo en el aire y ella intentó imaginarse al bebé nadando en la oscuridad. Sin embargo, todo era demasiado irreal aún como para que pudiese concretar ninguna imagen en su mente. Estaba de ocho meses, pero aún no comprendía que hubiese un bebé allí dentro. En fin, en un futuro nada lejano se convertiría en algo demasiado real. Erica se debatía entre la expectación y la angustia. Le costaba ver más allá del parto. Y, para ser sincera, en aquellos momentos le costaba ver más allá del problema que le suponía no poder dormir boca abajo. Miró las cifras fosforescentes del despertador. La cuatro y cuarenta y dos. ¿Y si encendía la luz y se quedaba leyendo un rato?

Tres horas y media más tarde y después de una mala novela policíaca estaba a punto de dejarse caer de la cama cuando se oyó el timbre chillón del teléfono. Acostumbrada como estaba, le pasó el auricular a Patrik.

–Hola, aquí Patrik –dijo él, con la voz aún empañada por el sueño—. ... Sí, claro, ¡madre mía!, claro que sí, estaré ahí dentro de quince minutos. Allí nos vemos.

Se volvió hacia Erica.

–Tenemos una emergencia. He de salir corriendo.

–Pero ¡si estás de vacaciones! ¿No puede encargarse ninguno de tus compañeros?

Ella misma notó el tono protestón de su voz, pero la noche de vigilia no le ayudaba mucho a mejorar su humor.

–Es un caso de asesinato. Mellberg quiere que acuda. Él también irá.

–¿Un asesinato? ¿Dónde?

–Aquí, en Fjällbacka. Un niño encontró esta mañana a una mujer muerta en Kungsklyftan.

Patrik se vistió a toda prisa, tarea que le resultó más fácil dado que estaban a mediados de julio, y se puso algo ligero. Antes de cruzar la puerta, se sentó en la cama y le besó la barriga a Erica, en algún punto de la zona donde ella recordaba vagamente haber tenido el ombligo.

–Hasta luego, chiquitín. Pórtate bien con mamá, que yo no tardaré en volver a casa.

La besó fugazmente en la mejilla y se apresuró a partir. Erica lanzó un suspiro, se levantó de la cama y se enfundó una de esas tiendas de campaña que ahora solía llevar por vestido y que, por el momento, era su única elección. Contra todo buen criterio, había leído montones de libros sobre bebés y, según su opinión, todas aquellas personas que escribían acerca del gozoso período del embarazo deberían ser azotadas en la plaza del pueblo. Dificultad para conciliar el sueño, dolores articulares, varices, hemorroides, sudores y alteraciones hormonales en general se acercaban mucho más a la realidad. Y tampoco es que ardiese en su interior ninguna dulce llama. Bajó las escaleras refunfuñando en busca de la primera taza de café del día, con la esperanza de que le ayudase a dispersar la nebulosa.

Cuando Patrik llegó al lugar, reinaba allí una actividad febril. La entrada del barranco Kungsklyftan había sido acordonada con cinta

amarilla y contó hasta tres coches de policía y una ambulancia. El personal de la policía científica de Uddevalla ya se había puesto manos a la obra con su trabajo y bien sabía él que no podía entrar de cualquier manera en el escenario del crimen. Ese era un error típico de los principiantes, lo que, por otro lado, no impedía que su jefe, el comisario Mellberg, anduviese pateándolo todo de aquí para allá por entre los técnicos policiales que, desesperados, miraban los zapatos del comisario imaginando los miles de fibras y de partículas que iba dejando por su delicado lugar de trabajo. Cuando Patrik se detuvo ante el cordón policial y saludó a Mellberg, este se marchó de allí y pasó por encima de la cinta, para alivio de los técnicos.

—¿Qué hay, Hedström?

Su tono de voz era animado, rayano en la satisfacción, y Patrik se sobresaltó de asombro. Por un instante se figuró que Mellberg iba a darle un abrazo, pero gracias a Dios no fue más que una alarmante sensación suya. ¡Aquel hombre parecía haber sufrido una metamorfosis! No hacía más de una semana que Patrik se había tomado las vacaciones, pero la persona que tenía ante sí no era la misma que él dejó, enojada ante el escritorio del despacho, gruñendo y diciendo que deberían suprimir el concepto «vacaciones».

Mellberg apretaba entusiasta la mano de Patrik sin dejar de aporrearle la espalda.

—¿Y qué tal se encuentra la gallina ponedora que tienes en casa? ¿Nacerá pronto o qué?

—Dentro de un mes y medio, nos han dicho.

Patrik seguía sin poder comprender el origen de tales expresiones de alegría por parte de Mellberg, pero dejó a un lado su curiosidad e intentó concentrarse en por qué lo habían llamado.

—¿Qué habéis encontrado?

Mellberg hizo un esfuerzo por reprimir la sonrisa que afloraba a su rostro y señaló el umbroso interior de la grieta.

—Un niño de seis años se metió allí esta mañana muy temprano, mientras sus padres dormían. Al parecer, quería jugar a los caballeros entre los bloques de piedra, pero lo que se encontró fue una mujer muerta. Nos llamaron a las seis y cuarto.

—¿Cuánto llevan los técnicos inspeccionando el lugar?

—Llegaron hace una hora. La ambulancia fue la primera en acudir y enseguida confirmaron que no podían hacer nada por ella. A partir de ese momento, los técnicos pudieron empezar a trabajar libremente. Anda que los técnicos no son tiquismiquis, ¿sabes? Yo sólo iba a mirar un poco y te diré que me respondieron con muy malos modos. En fin, supongo que uno se vuelve un poco animal cuando se pasa el día arrastrándose y buscando fibras con unas pinzas.

Patrik empezaba a reconocer a su jefe. Aquello se ajustaba más al tono habitual de Mellberg. De todos modos, sabía por experiencia que no valía la pena intentar corregir sus opiniones. Era más fácil dejar que le entrase por un oído y saliese por el otro.

—¿Qué sabemos de la mujer?

—Nada, por ahora. Unos veinticinco años. La única prenda, si es que puede llamársela así, es un bolso; por lo demás, completamente desnuda. Buenas tetas, la verdad.

Patrik cerró los ojos y repitió para sí, como si fuese un mantra: «Ya no falta mucho para que se jubile. Ya no queda mucho para que se jubile...».

Mellberg continuó imperturbable.

—No se aprecia la causa directa de la muerte, pero ha sido maltratada. Tiene moretones por todo el cuerpo y algunas heridas que parecen de cuchillo. ¡Ah, sí!, y está tumbada sobre una manta de color gris. El patólogo ya llegó y está examinándola en este momento, así que espero que no tarde en darnos un dictamen preliminar.

—¿No tenemos ningún desaparecido de esa edad aproximadamente?

—No, ni por asomo. Denunciaron la desaparición de un hombre hace unas semanas, pero resultó que se había cansado de apretarse con su parienta en la caravana en la que vivían y se largó con un pimpollo que conoció en Galären.

Patrik vio que el equipo de técnicos que había alrededor del cadáver se preparaba para introducirlo con cuidado en un saco de plástico. El cuerpo llevaba las manos y los pies metidos en bolsas, según ordenaba el reglamento, para que no se perdiesen posibles huellas, y el equipo de la policía científica de Uddevalla ayudaba a

meter a la mujer en el saco de la manera más eficaz posible. Hecho esto, también introdujeron en una gran bolsa de plástico la manta sobre la que yacía el cadáver, para someterla a un examen exhaustivo.

La expresión de sorpresa de sus rostros y el modo en que se estremecieron le indicaron a Patrik que habían hecho un descubrimiento inesperado.

—¿Qué sucede?

—Pues no os lo vais a creer, pero aquí hay un montón de huesos y dos calaveras. Por la cantidad de piezas, yo diría que se trata de dos esqueletos.